



## HORROROSO CRIMEN

cometido en el pueblo de Fabara, provincia de Valencia.

Hombres, niños y mujeres,  
hay que poner atención  
para escuchar este crimen.

¡Qué lástima y qué dolor!

En el pueblo de Fabara,  
en una casa de campo,  
habitaba un matrimonio  
y en la misma eran casados.

Transcurrido poco tiempo  
que éstos eran casados,  
aquella mujer mundana  
de otro se enamoraba.

El marido era muy bueno,

y á ella mucho quería,  
con el jornal que ganaba  
al querido mantenía.

El pobre marido siempre  
trabajando noche y día  
para mantener los dos,  
y aún la mujer le decía:

—Tendrás que buscar cien duros  
para pasar el invierno;  
á rédito los tomó  
hasta que pudo volverlos.

El veintiocho de Abril  
aquel infeliz tan bueno,

pensó marcharse á Fabara á devolver el dinero.

—Mañana me voy de viaje, decía el pobre marido, la mujer le contestó:  
—Yo también me voy contigo.

A las doce de la noche determinaron el viaje, la mujer con mala idea al querido le dió parte.

Comunicaron los dos la mujer y su querido donde había de salir para matar al marido.

Cuando llegaron al sitio aquel pobre desgraciado le decía su mujer:

—Siéntate y echa un cigarro.

Entonces salió el querido diez puñaladas le dieron, la mujer tan atrevida después le ha cortado el cuello.

Le robaron el dinero y arrastras se lo llevaron, catorce metros que había dentro del río lo echaron.

Después de hacer este crimen la traidora le decía:

—Hemos de ir á robar ahí cerca á una alquería.

—Yo no voy, le contestó aquel traidor criminal, porque es hermana de mi madre y mía es tía carnal.

La traidora suplicando por fin le ha convencido, y se marcha á la alquería con mala idea el sobrino.

Su tía lo conoció cuando la puerta tocaba y para abrirle al momento la hija se levantaba.

Cuando le ha abierto la puerta la primera con alegría en sus quince años de edad una imagen parecía.

Le preguntó el criminal que á dónde estaba su madre.

—Está partera en la cama y no pueda levantarse.

—Y mi tío, ¿dónde está?

el criminal preguntó.

—Pues se ha marchado de viaje, la hija le contestó.

Entonces se dirigieron los criminales al cuarto donde estaba la paciente y las puertas le cerraron.

Aquella mujer mundana dice al querido al momento:

—Entrarás bastante leña que vamos á encender fuego.

Cogieron á la doncella y la desnudaron como Dios la tiró al mundo en el fuego la sentaron.

¡Adiós, madre de mi vida, qué noche más desgraciada; muero como San Lorenzo, mi padre sin saber nada.

—Ya va el último suspiro, decían los criminales; tú ya vas al otro mundo y despues irá tu madre.

Entonces entró el sobrino y á su tía le decía:

—Sáqueme todo el dinero si no la quito la vida.

Su tía le contestaba:

—Ten lástima y compasión, porque aquí tengo una niña, quince días que nació.

Yo te daré dos mil dñros si no me quitas la vida; que concluya de criar á esta preciosa niña.

Al recibir el dinero en su mano ¡qué alegría! entonces dice el sobrino:

—Vamos á matar la niña,

Llevar la niña al corral estos lobos carniceros, la hicieron cuatro pedazos y la echaron á los perros.

Los animales sentían los lamentos del ama, aullando con tristeza sin tocar la carne humana.

Se pusieron á freir para almorzar muchos huevos, y á sn tía maniatada entre los dos la pusieron.

**Fin de la primera parte.**



## SEGUNDA PARTE

Y cada trago de vino  
que aquellos dos se bebían,  
daban una puñalada  
á la pobre de su tía.

Allí murió desangrada  
sin el consuelo de nadie,  
y en el momento expiró  
envuelta en su misma sangre.

Todas las puertas abiertas  
dejaron los criminales,  
menos la puerta del corral  
que estaban los animales.

Trancurrieron cuatro días  
y allí uadié se acercaba,  
tan solamente un chiquillo  
que por la puerta pasaba  
á pedir una limosna  
se acercó á aquella alquería  
y vió el charco de sangre  
que había por la cocina.

El chico atemorizado  
hacia el pueblo se marchó,  
todo lo que había visto  
á su padre le contó.

Pasaban de unos á otros  
las noticias en el pueblo,  
y en seguida se marcharon  
hacia allí el Ayuntamiento.

Llegaron á la alquería

donde salía la sangre,  
y entraron en el local  
que estaban los animales.

Los pedazos de la niña  
lo primero que encontraron,  
que estaban en el corral  
y los perros la guardaron.

Recogen á la doncella,  
también á su triste madre,  
manifestaban pedir  
venganza los animales.

Seis días los han tenido  
sin darles tierra sagrada,  
hasta que vino el marido  
que de viaje se encontraba.

Dejemos ahora esto,  
volvamos al criminal,  
lo que dice la traidora  
después de hacer tanto mal.

—Ahora ya estamos bien  
con todo este dinero,  
mataremos á tu madre  
y no seremos descubiertos.

Cuando llegaron á casa  
á la anciana castigaron,  
y con cinco puñaladas  
que la vida le quitaron.

La pobre anciana decía  
á su hijo Salvador:

—No me mates, que reciba  
mi cuerpo Nuestro Señor.

Por los grandes lamentos  
de la pobrecita anciana,  
el señor Juez se enteró  
que por la calle pasa.

El y tres ó cuatro amigos  
que eran del Ayuntamiento,  
donde están los criminales  
se dirigen al momento.

Les toman declaración  
á la pobrecita anciana  
y pronto los criminales  
á la prisión los llevaban.

Llamaron á un sacerdote  
para confesar la anciana,  
recibió los Sacramentos  
y en el momento espiraba.

No se habían descubierto  
los crímenes de Fabara,  
y entonces se descubrieron  
solo por matar la anciana.

Cogieron los criminales  
y los llevan á Fabara,  
al cadáver de su tía  
delante les presentaban.

Allí vieron á sus primas  
la trainora sin sentido,  
también estaba el cadáver  
del pobre de su marido.

No querían declarar  
aunque les daban castigo,  
el señor Juez les decía:

—Ya me encuentro aborrecido.

Cuando le hacían la autopsia  
al pobre de su marido,  
la mujer, muy elegante,  
ni aún el color ha perdido.

Conmovido el señor Juez  
que no quieren declarar,  
entonces pidió al momento  
un pedacito de pan.

Y lo mojó con la sangre  
del pobre de su marido,  
y se lo dió á la traidora  
y al momento lo ha cogido.

Pero menos declarar,  
que primero ha consentido  
comerse el pan con la sangre  
del triste de su marido.

Entonces al criminal

en seguida lo llevaron  
á donde estaban los perros  
á ver si conocen algo.

Muy pronto los animales  
al criminal se tiraban,  
y entonces, estremecido,  
aquel traidor declaraba:

—Yo soy aquel que maté  
á la pobre de mi tía,  
y á su hija la doncella,  
y la traidora á la niña.

Solo por una mujer  
hoy ya me encuentro perdido,  
que también me hizo matar  
al pobre de su marido.

Lo que más siento en el mundo  
que es el pecado grande,  
que también le di la muerte  
á la pobre de mi madre.

Por no creer en mis padres  
que siempre me lo decían,  
en una plaza la muerte  
me van á dar cualquier día.

No fiarse ningún hombre  
de mujer de mal camino,  
no sea caso le suceda  
lo que á mí me ha sucedido.

Me he criado honradamente  
siempre en casa de mis tíos.  
¡Todos tan buena conducta  
y yo salí tan perdido!

Todo el mundo reclama  
que sean despedazados,  
cada brazo y cada pierna  
con un terrible caballo.

Los niños son como un árbol  
que de pequeño se cría,  
si el tronco sigue torcido  
torcida sigue la guía.

Creer hijos de familia  
los consejos de los padres,  
seguiréis el buen camino  
y creer á vuestra madre.

No olvidéis padres y madres,  
vuestros hijos educar,  
que arbolitos son los niños  
y es preciso enderezar.

Y pidiendo para todos  
de la Virgen el favor,  
perdón suplica el poeta  
al benévolo lector.

Reimpreso en MADRID.— Imp. Universal, Cabestreros, 5.